

natus ex Maria Virgine. Fiat. Hágase: y el Omnipotente hace cuanto es necesario para que Maria sea Madre sin dejar de ser Virgen: Madre de Dios con todos los requisitos soberanos é indispensables para llevar debidamente este cargo, y para que se manifieste en una plenitud de gracia mayor que la que tuvo desde la eternidad hasta su maternidad divina y hasta su maternidad humana; y presagio feliz de la «plenitud abundantísima que la ha de enriquecer desde ahora hasta más allá de la consumacion de los siglos.»

Maria Santísima, cristianos, es un océano inagotable de maravillas. Es un prodigio celestial, como dice San Ignacio de Antioquía. Es un gran milagro, como expresa San Juan Crisóstomo. Es el milagro de los milagros, segun San Bernardino. Es abismo de los milagros, como repite el Damasceno. Es toda milagros, toda prodigios, como concluye San Agustin. Y siendo esto así, ¿qué extraño es que el orador cristiano tiemble empezar y no sepa concluir un discurso en que se trata de publicar las glorias de una Mujer llena de gracia, concebida en gracia, Madre de la divina gracia en su doble maternidad de Madre de Dios y Madre de los hombres? Pero es indispensable: ó queda sin concluir mi pobre y desaliñado discurso, ó tengo que molestar un poco más vuestra atenciou, reclamando vuestra indulgencia.

«Maria Santísima está plenísimamente enriquecida de la gracia desde que, por Madre de Dios, es constituida Madre de los hombres, y hasta la consumacion y mucho más allá de la consumacion de los siglos.» Seré breve. Para hacer más fácil la exposicion de una verdad incomprensible al entendimiento del hombre, parece que la increada Sabiduria se ha dignado poner la comprobacion de «la gracia en su mayor plenitud» en los lábios de la criatura misma que está condecorada con ella. Maria Santísima, la doncella purísima de Nazareth, era cierto dia saludada por una prima suya, como la saludó el Angel, y como es saludada hoy y como la saludarán en lo sucesivo todas las generaciones; y Maria Santísima, rompiendo en un santo arrebato, prevé, predice y proclama toda su grandeza, toda su plenitud de gracia en un cántico el más sublime que jamás se ha cantado á la Divinidad, tan explícito y tan profético y tan poderoso, que puede convertir á un ateo. *Magnificat anima mea Dominum.* «Engrandece mi alma al Señor.» Maria, al decirnos que su alma engrandece al Señor, ha manifestado toda la gracia y toda la capacidad que hay en su purísima alma,

y toda la grandeza que hermosea su corazon. Cuando Maria dice: «Porque el Señor miró á la humildad de su esclava,» *quia respexit humilitatem ancillæ suæ*, demuestra la magnífica, la suprema, la incomparable exaltacion á que es encumbrada: cuando continúa manifestando que «porque ha hecho cosas grandes en Ella el que es poderoso,» *quia fecit mihi magna qui potens est*, despliega con una expresion admirable, adecuada y propia de la que tiene en sus lábios el Espiritu Santo, la historia de todos los prodigios que se obran en Ella, de todos los acontecimientos que se consuman en Maria para gloria de los cielos, para consuelo del mundo y para salvacion feliz del género humano.

Y cuando para concluir expone la Virgen Santísima de la Gracia con una sentencia inimitable los efectos que han producido en su alma estos portentos y los que producirán hasta más allá del fin de los siglos; cuando exclama: «Hé aquí que por esto me dirán, me reconocerán y me publicarán bienaventurada todas las generaciones,» *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*, ni nada la queda ya por decir, ni á nosotros nada por desear. *Beatam me dicent.* Bienaventurada me llamarán las estrellas y los luceros del firmamento, y las arenas y las aguas del mar; bienaventurada me llamarán los montes y los bosques, los valles y las praderas; bienaventurada me llamarán los árboles y las flores y los frutos; bienaventurada me llamarán los tesoros escondidos en las entrañas de la tierra, las aves que pueblan el aire, y el sol y la luna, y el dia y la noche: y *beatam me dicent*, y bienaventurada me llamarán *omnes generationes*, todas las generaciones. Las generaciones de los Angeles y de los Arcángeles, de los Querubines y de los Serafines, de las Potestades y de las Virtudes, de los Tronos y de las Dominaciones. *Beatam me dicent.* Y bienaventurada me llamarán *omnes generationes*, todas las generaciones de Patriarcas y de Profetas, de Apóstoles y de vírgenes, de mártires y de confesores. Las generaciones que me desearon, las generaciones que me conocieron, las generaciones que me veneraron, y las que me aplaudirán y cantarán y saludarán despues en las pacíficas moradas de la sempiterna Jerusalem. *Beatam me dicent.* Bienaventurada me llamarán.... Pero basta....

La escena cambia. Treinta y tres años despues Maria, coocada sobre la montaña santa de la amargura, no habla porque su corazon está solamente para sentir. Jesucristo agonizante se ha encargado de poner el sello de su inefable autoridad á lo anunciado por Maria en el *Magnificat*. Al realizarse en esta mujer divinizada el gran misterio de la maternidad divina, recibe una nueva y ma-

yor capacidad, porque há menester una mayor plenitud de gracias para ser Madre de Dios. Por Madre de Dios, será hecha, queda hecha madre de los hombres, y madre que nó solamente nos ame y nós defienda, y nos conduzca y nos consuele, sinó madre que nos edifique con sus ejemplos, nos santifique con sus virtudes, nos salve con su proteccion eficazísima, y para este segundo empleo, no ménos honorífico que el primero, recibe tambien una indecible, una innegable plenitud de gracia, abundantísima cual se necesitaba para repartirla entre las criaturas todas; inalterable como la necesitaba para ser siempre nuestra madre, y capaz de absorber, de encerrar y de contener dentro de su corazon á los Hijos de Adán, redimidos por Jesucristo.

La diferencia, cristianos, está solo en el modo de anunciárse-nos la nueva plenitud de gracia que enaltece á esta Señora. En la Encarnacion, el Angel se la anuncia de parte de Dios, llamándola «llena de gracia» *Gratia plena*: y á esta salutacion resuenan en el firmamento y conmueven las moradas del príncipe de las eternidades los cánticos y los vitores, las aclamaciones y los himnos, el regocijo y la alegría que inundan á aquellos espíritus bienaventurados. En el Calvario se la ofrece Jesucristo mismo, cuando, indicándola en la persona de San Juan, á todos los hombres la dice: *Ecce filius tuus*. «Ahí tienes á tu Hijo,» Con esta maternidad se la asegura, se la infunde á Maria Santísima otra nueva, otra mayor plenitud de gracia, la que necesitaba para que se cumpliera en lo sucesivo y en todos los tiempos el elegante vaticinio, del *Magnificat*, «por esto me llamarán bienaventurada todas las generaciones;» pero esta nueva riqueza se la anuncia el Verbo encarnado, entre sudor y sangre, entre ingratitudes y agonías, entre desolacion y muerte; y cuando los ángeles lloran, y los astros se oscurecen, y los elementos se agitan, y los hombres tiemblan, y los abismos rugen, y los sepulcros arrojan de sus entrañas los muertos. En Nazareth entre ovaciones; en el Calvario entre humillaciones. ¡Qué contraste tan consolador! *Ecce filius tuus*. «Ahí está tu Hijo,» ese es tu hijo, esos son tus hijos; eres Madre de Dios y eres al mismo tiempo madre de todos los hombres, porque «fuiste «llena de gracia en tu predestinacion, en tu concepcion y hasta el momento en que me concebiste en tus entrañas:» porque fuiste «llena de gracia, mucho más llena de gracia desde el instante de tu divina maternidad hasta ahora que, transida de dolores, concibes por la gracia y adoptas como hijos tuyos á los que yo elijo para mis hermanos: y porque fuiste y serás «abundantísimamente llena de gracia desde ahora hasta la terminacion y mucho más

allá de la terminacion de los siglos.» *Ave, gratia plena; Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus*. Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo y bendita entre todas las mujeres.

Hé concluido.

Católicos: de los grandes misterios, de los misterios impenetrables que anonadan la razon del hombre, se desprenden grandes enseñanzas para nuestro provecho espiritual. Al frente del gran misterio de la Encarnacion, base de nuestras dichas, está Maria Santísima; he dicho poco: Maria está en el misterio de la Encarnacion, y el misterio de la Encarnacion está en Maria; pero Maria muy grande, pero tan grande, que, contemplada su grandeza, nos estremecemos al solo pronunciar su nombre: ¡Maria! Y ¿quién es Maria? nos decimos: Maria es la llena de gracia, pero llena de una gracia que no es estéril en la Reina de la gracia. Maria recibe, porque merece; Maria continúa recibiendo, porque persevera en merecer. Maria recibió mucho y recibirá más, porque correspondió á la gracia primitiva y á todas las gracias con que el Altísimo la quiso enriquecer. A su concepcion immune corresponde con su virginidad; á su encumbramiento, con su profundísima humildad, y á la recepcion de todos los favores que la distinguen, con la profesion y la práctica de todas las virtudes. De aquí deduzco yo que, si todos recibimos obligaciones en los respectivos estados y clases y condiciones en que Dios nos ha colocado para el fin que se propuso, tambien recibimos las gracias que necesitamos para cumplir debidamente con ellas, y que si más no recibimos, culpa no es del dispensador de las misericordias, sinó de nuestra alma, de nuestro corazon, que se desvian de la gracia, se desentienden de la humildad, y miran con indiferencia el ejercicio de todas las virtudes cristianas. Miremos á Maria Santísima, y lo que nos falta, pidámoslo al Señor, por Maria Santísima, por Maria que nos acompañará en la vida, no nos desampará á la hora de la muerte, y despues nos proporcionará alabarla y bendecirla en compañía del Padre, del Hijo y del Espirito Santo por eternidad de eternidades en la gloria. Asi sea.

